

TIEMPOS DE PANDEMIA: LA DEPRESIÓN

Desaparecer

Agosto 27. Cuarentena. Perdí la cuenta de la cantidad de días que estoy en casa. A veces voy al patio y tomo sol, cuando lo hay. Otras veces me encuentro recostada en mi cama, profundizando pensamientos e ideas. También puedo estar entrenando, me alivia muchísimo. Generalmente, los fines de semana son dedicados a la cocina. O bien, puedo estar sentada; estudiando, leyendo, o escribiendo, como es el caso. Casi siempre acompañada de mi querido mate.

De todas formas hoy no te quiero contar de mí. Quiero enfatizar sobre una enfermedad, la cual, considero que no se le da la suficiente relevancia. Una enfermedad que conozco superficialmente. Mi madre la padece desde la adolescencia, siendo diagnosticada unos años después. Hoy en día, con cuarenta y nueve años recién cumplidos, una larga lista de psicólogos y psiquiatras recorridos y una constante serie de altibajos, considera que el tratamiento no tuvo avance alguno. Es como si estuviese estancada. Como si estuviese nadando sin la seguridad de encontrar una costa. Esa costa es su salvación, y no la consigue. Incluso viviendo mis dieciocho años a su lado, no logro imaginar la ansiedad y desesperación que siente al despertar cada mañana y no saber qué hacer, más que tomar su antidepresivo, y comenzar a limpiar. Aunque la casa esté reluciente, ella limpia. Nunca comprendí su obsesión con el aseo; tampoco sus grandes ganas de desaparecer de este mundo.

Empecé escribiendo de mí, porque no me identifico con las creencias de mi madre. Todo se lo debo a ella. A pesar de pasarme la vida escuchando atrocidades, me educó de una manera muy sabia. Siempre me decía que su comportamiento era el claro ejemplo de lo que yo no debía hacer, ni ser.

Vuelvo a la fecha actual. La fecha de la pandemia. Hace casi medio año que mi madre dejó los tratamientos psiquiátrico y psicológico. La lucha totalmente sola, y en casa; al igual que los tantos que padecen depresión. Ella, más de una vez, comentó que era la peor enfermedad. Coincidió. Muchas enfermedades te condenan, pero no como esta. Esta te condena la mente. No se tiene fuerza de voluntad. Para los depresivos, eso no existe.

Hoy en día se habla de democracia, pero la realidad es que nuestra libertad de expresión está siendo bastante vulnerada. Hace unas semanas, en la provincia en la que resido, Córdoba, se vulneraron los derechos de una joven diagnosticada con cáncer terminal, Solange. El padre de esta mujer, Pablo, vino desde Neuquén, implorando al Centro de Operaciones de Emergencia ingresar a la provincia para darle el último adiós a su hija. Esto no le fue permitido debido a las medidas sanitarias impuestas por el Comité. Solange falleció la madrugada siguiente, dejando al pueblo argentino devastado al conocer la noticia. A lo que quería llegar con lo que te cuento, es que logres imaginar cómo se va a transformar el estado psíquico de Pablo tras este hecho, de seguro el peor de su vida. Probablemente, este señor se deba encomendar a la terapia psicológica, incluso psiquiátrica. Hay un refrán famoso que dice: "desvestir a un santo para vestir a otro", el que cabe perfectamente en este contexto. No podemos hacer la vista gorda con lo que está pasando. Por un lado nos cuidan, y por el otro nos matan la mente.

Retomando el tema de mi madre, la misma lleva más enfermedades a cuesta aparte de la depresión, esta, causante de las demás. Hipertensión arterial, cervicalgia, hipotiroidismo. Patologías que no pueden seguir siendo tratadas en tiempos de pandemia. Te tiene que agarrar un ACV, u otra lesión de riesgo para que se dignen a atenderte en cualquier hospital. Están dejando atrás las demás afecciones, para cubrir una sola problemática. ¿Esto es democracia? En definitiva: no. Hay gente que muere cada día por no ser tratada, y encima, lo censuran todo. Nadie piensa en el estado anímico de nadie.

No quiero dejar de marcar la depresión. La única que puede llevarte al suicidio directo. Una enfermedad que también es contagiosa. Por genética, o por el poder de la palabra negativa, llevándola de lado a lado a cada persona de nuestro entorno. Y para esto no hay vacuna alguna. Va creciendo la abulia, la tristeza, la ansiedad, y por consiguiente, la renombrada depresión.

¿En algún momento se tomarán todas las medidas necesarias para pasar este mal trago?, ¿nos están salvando, o cada día más de cuarentena nos condenan la vida?, ¿la cantidad de psicólogos y psiquiatras del mundo y los futuros, serán suficientes para amortiguar este golpe emocional?, ¿nos volveremos a abrazar, besar, tocar con libertad?, ¿dejaremos de utilizar esos barbijos o cubrebocas espantosos?, ¿seremos libres? Podemos hablar de preguntas sin respuesta, o bien, recurrir al sistema psíquico de cada uno y sacar nuestras propias conclusiones.

Juli